
Debates teóricos

En esta sección, destinada a abrir y estimular los debates teóricos, se presentan a la consideración del lector, en este número, tres trabajos a cargo de distinguidos especialistas. El primer artículo, de Hugo Zemelman, nos interpela sobre la responsabilidad ético-política que le cabe a las ciencias sociales ante la realidad del capitalismo salvaje que signa la región latinoamericana. A partir de un replanteo de las preguntas básicas de la reflexión social, Zemelman valoriza el ángulo de lectura que parte del par sujeto-conflictividad en su capacidad radical de poner la mirada en la génesis de los sujetos y la historicidad de los procesos. En este sentido, contra las visiones economicistas y naturalizadoras de lo social, la reflexión del autor propone una aproximación de corte epistemológico que de cuenta, en su propio formato, de la responsabilidad y el aporte indispensable que le cabe a las ciencias sociales en la tarea de forjar utopías.



El segundo artículo, de Ellen Meiksins Wood se adentra con agudeza en un par de problemas cruciales: la naturaleza de la globalización y, por otra parte, el papel del estado-nación. En relación al primer tema, íntimamente vinculado a la problemática de la competencia en el interior y entre las economías capitalistas, la autora señala que la intensificación del proceso de globalización, o mundialización, es la expresión de la lógica capitalista por excelencia y que la fase actual, lejos de testimoniar la atenuación de las rivalidades capitalistas no ha hecho sino exacerbarlas, abriendo así las puertas para una efectiva lucha anti-capitalista. En lo tocante al segundo tema Meiksins Wood plantea que si bien es innegable que han habido procesos de transferencia de soberanía desde el estado-nación hacia los actores supra o transnacionales, lo cierto es que aquél continúa siendo un agente crucial para asegurar la reproducción del capital en la economía global, y que la conquista del estado por parte de las clases populares continúa siendo un objetivo de inigualable importancia.

Finalmente la contribución de René Mouriaux y Sophie Beroud, partiendo de sendos trabajos anteriores sobre las huelgas y movilizaciones del '95, '97 y '98 en Francia, avanza en una extremadamente rica reflexión acerca de distintas conceptualizaciones sobre el movimiento social y sus inscripciones teóricas. En este camino, tras la permanente referencia a la experiencia del movimiento social en Francia, los autores analizan críticamente las interpretaciones y aproximaciones teóricas de dos de los más conocidos sociólogos franceses como son Pierre Bourdieu y Alain Touraine, proponiendo una tercera interpretación que hunde su inspiración teórica en la obra de Marx.

En este sentido confiamos que este texto, junto a los dos referidos anteriormente, sirvan a los efectos de enriquecer el filosófico debate que la reflexión social crítica se plantea al rededor del conflicto y los movimientos sociales.

Conocimiento social y conflicto en América Latina

Notas para una discusión

Por Hugo Zemelman*

1.- La actual situación en América Latina aparentemente sin otra salida que el capitalismo salvaje, obliga a trabajar profundamente por alternativas que rompan con el discurso hegemónico dominante, que, disfrazado del lenguaje de la tecnología, presume ser inevitable y excluyente. Los esfuerzos por romper con este mandato valórico enraízan con el afán de sobrevivencia de gran parte de la especie humana. Pues los favorecidos por esta nueva arca de Noé del capitalismo transnacional – neoliberal son pocos, quizás demasiado pocos. La mayoría están quedando a la intemperie de la sorda y ciega lucha por quién domina a quién.

En éste contexto debemos plantearnos los interrogantes sobre el papel de las ciencias sociales si concordamos en que éstas tienen una responsabilidad ético – política, en la medida que el conocimiento que construyen tendría que servir de soporte a decisiones de políticas. En consecuencia, la naturaleza de los problemas que se planteen, o son expresión de decisiones previamente definidas, o, por el contrario, implican decisiones vinculadas con opciones diferentes de construcción social. En efecto ¿Qué significa preocuparse de problemas como la pobreza, la paz, la gobernabilidad, etc?

Una posibilidad de respuesta es contribuir a consolidar el funcionamiento de los poderes establecidos o bien, anticipar proyectos diferentes de sociedad. Lo que decimos coloca en el primer plano de la discusión metodológica lo que significa construir un problema.

¿Sabemos construir un problema? ¿Sabemos plantearnos frente a la realidad una agenda que difiera de las agendas de las burocracias nacionales e internacionales, o bien de las agencias de financiamiento? ¿Estamos rompiendo con los parámetros de lectura que imponen las lógicas del poder? ¿De dónde surgen los temas que preocupan actualmente a las ciencias sociales? ¿Surgen de una imaginación alerta y rupturista, o más bien de su vocación por ser eficazmente útiles a los problemas que imponen los proyectos de sociedad hoy dominantes?

2.- Desde ésta perspectiva enfrenta el conocimiento socio – histórico un desafío fundamental entre los muchos posibles: han quedado arrumbadas algunas referencias del pensamiento que han servido para orientarlo, como ser la crisis de los acto-



res históricos con los que se identificaba la construcción de la sociedad del futuro; y, de otra parte, la certeza de un proceso de transición hacia una etapa éticamente superior en la vida de los hombres. En su lugar se multiplican una proliferación de actores sin proyectos de largo plazo, todos los cuales, o gran parte de los cuales, se arremolinan al interior de un capitalismo que parece impune a sus embates, que, por el contrario, avanza inexorablemente hacia una especie de triunfo paradójico: la autodestrucción colectiva como el costo que la humanidad tendría que pagar por la ceguera del lucro, de la ganancia, de la rentabilidad.

Como se ha dicho, la precariedad asume el status de definitividad casi ontológica, perdiéndose la idea de historia que contenga el desafío de otras posibilidades de construcción social. El interés particular de grupos minoritarios se disfraza de objetividad, la ceguera irresponsable se identifica con el curso de la historia, la estulticia de diestro manejo de lo dado. Ante ello ¿Qué decir? Además del reclamo casi profético por la reinstalación de los valores orientados hacia el rescate del hombre y de su futuro, de la incorporación de la utopía como fuerza social y moral, y de los esfuerzos por liberar a la inteligencia de la tecnología convertida muchas veces en estupidez, el Frankenstein del siglo XXI, de manera de doblegarla en vez de transformarla en el molde de los futuros sujetos, con riesgo de perder lo que caracteriza específicamente a lo humano, el lenguaje ¿Qué decir desde las ciencias sociales, este conjunto de conocimientos que supuestamente surgieron para hacer posible una vida más libre, justa y digna? ¿Qué decir y qué hacer? Quizá algo más modesto pero central: repensar nuestro quehacer y nuestro modo de enfrentarnos con la realidad social.

3.- En este marco histórico y existencial se plantean cuestiones básicas. Entre éstas está la de recuperar ángulos desde los cuales organizar nuestra mirada de la sociedad; ángulos

que no queden atrapados ni por lo tanto limitados por grandes verdades. En éste sentido pensamos que un ángulo fundamental por su vastedad y resistencia a convertirse en contenido de teorías cerradas, es la naturaleza y práctica de los sujetos sociales, si estamos de acuerdo que la realidad socio-histórica es siempre una construcción de una variada gama de sujetos. El esfuerzo por impulsar construcciones sociales diferentes, también contradictorias, conforman un eje estructurador central de la realidad social como es el conflicto en todas sus manifestaciones, espacios y temporalidades. Y que no es sino la expresión fenoménica de la capacidad de activación de los sujetos y de sus distintas proyecciones históricas. De ahí que para dar cuenta de cualquier problema social, económico, político o cultural no se pueda prescindir del ángulo de lectura conformado por el par sujeto – conflictividad; ya que alude a las dinámicas constituyentes de la realidad social. Ello, si no queremos dejar de reconocer la especificidad histórica que tienen los diversos temas y problemas: ¿Qué es la paz? ¿Qué es el progreso o la llamada modernización? ¿Qué es la democracia? ¿Qué es la justicia social? ¿Qué significa hablar del futuro o de la integración latinoamericana?

4.- Pero ¿De dónde surgen los sujetos? Del mundo de las necesidades y de su despliegue que articulan como tales las necesidades propias de la memoria y las necesidades vinculadas con las visiones utópicas. Memoria y utopía que muchas veces pierden las particularidades del sujeto al que pertenecen para ser convertidas en esquemas generales que ocultan la diversidad de fuerzas que pugnan por ser en su propia construcción de la realidad histórica. Por ello recibe aquí el núcleo germinador de la condición conflictiva de toda realidad: la posibilidad de reconocer por cada sujeto, desde sus espacios y tiempos, sus propias opciones resistiendo a la pretensión del poder por imponer su homogeneización como si ésta respondiera a una ley natural. En verdad, cada actor tiene su espacio y su tiempo no pudiendo ser ubicado para su debida interpretación y evaluación de sus fuerzas en el espacio y tiempo, por ejemplo, del orden dominante. Aunque está claro que los ritmos de cada uno de ellos es diferente con lo que se determina una situación de conflictividad particular.

A este respecto, cabe mencionar los procesos de polarización social y económica que resultan de dinanismos no necesariamente sincrónicos entre lo que son los mecanismos de constitución de la pobreza y de la riqueza. La creación de pobres, así como el surgimiento de la conciencia de ser pobre, no es simétrica con la creación de la concentración de riqueza ni con la conciencia de ser rico. Es indudable que el ritmo de constitución de la riqueza es más acelerado que el de su opuesto, lo que se relaciona con el viejo tema de la asincronía en el desenvolvimiento del factor trabajo y del factor capital. He aquí un tronco de conflictividad que plantea desafíos múltiples. Entre éstos está el de la creación y reconocimiento de espacios desde los cuales leer a la sociedad, porque ésta tiende a ser leída desde lo ya constituido como poder, equilibrio, riqueza, que es lo que consiste la hegemonía. Por eso hay que resistir a interpretaciones de la sociedad y de su futuro organizadas desde los espacios sociales y los ritmos impuestos por

los parámetros de la dominación hegemónica; lo que es condición para poder descomponer los procesos internos de la dominación y su fijación de lo socialmente establecido. Es el aporte con que contribuyen al pensamiento crítico algunos movimientos sociales protagonizados por sectores subalternos. Es el caso de los movimientos indígenas.

De lo anterior se deriva la importancia de centrar nuestra atención en los lugares sociales donde se contiene la capacidad de conflicto. Es así como se pueden distinguir distintas modalidades de conflictividad:

a) Aquellas que se circunscriben a los límites de las realidades parametralizadas por el poder: v.gr.: los sindicatos, el movimiento feminista, algunas reivindicaciones ecologistas; y b) Aquellos otros conflictos relacionados con realidades que transgreden esos parámetros, que, por lo mismo problematizan a la hegemonía más allá del simple juego de acomodados: vgr.: los movimientos indígenas, la demanda por tierra, las reivindicaciones por transformar a la democracia en un espacio abierto a múltiple proyectos.

5.- Esta capacidad de conflicto, más que sus expresiones morfológicas, debe ser nuestra preocupación pues apunta a una de las cuestiones más profundas del actual momento histórico, como son los intentos por minimizar sistemáticamente los riesgos de presión sobre el modelo económico. Entre los mecanismos utilizados para este propósito se encuentra la atomización social, la disolución de las relaciones de horizontalidad; pero también están los esfuerzos por acotar los espacios dentro de los cuales se pueden los sujetos desarrollar “legítimamente”, esto es, sin cuestionar el orden establecido. Es la imposición de parámetros de un orden permisivo de márgenes de conflictividad.

Una manifestación concreta de lo anterior es la rápida conformación de la democracia de ser un sistema político caracterizado por la garantía de espacios de alternancia entre proyectos, a una democracia que se identifica exclusivamente con un solo proyecto de desarrollo económico y político. Es cuestión de constatar cuánto pensamiento socialdemócrata, incluso socialista que dice mantener su raigambre marxista, transformado en administrador y aval de políticas conducentes al cumplimiento de ése objetivo estratégico. Lo anterior sin entrar en mayores profundidades como los intentos por crear un ser humano que se respete para continuar siendo sujeto, pero siempre que no rompa con la condición de ser un “sujeto mínimo”. Mínimo en pensamiento, en emocionalidad, en capacidad para vislumbrar su propio futuro, mínimo en su voluntad para enfrentar las circunstancias que lo someten a la condición de explotado y subalterno.

El ángulo que defendemos conformado por el par sujeto - conflictividad no se corresponde con ningún calificativo ideológico de los que dominaron la discusión casi todo el siglo XX, como ser el de gradualismo y revolución; más bien implica todas las formas de cuestionamiento de la hegemonía en forma de adentrarse en sus intersticios. Esto es, en sus dinanismos constituyentes como ser el surgimiento, desarrollo y

transformación de los sujetos, atendiendo a sus diferentes significaciones históricas para el momento actual, pero también tomando en cuenta su proyección en el mediano y largo plazo. Lo que trae consigo la necesidad de revisar a la actual teoría desde las exigencias de cómo recuperar la historicidad del momento actual, es decir, su condición de ser un producto y además todas las potencialidades que permanecen ocultas; las cuales dependerán de la presencia de determinados sujetos sociales aunque también individuales, en la medida que la realidad social no es el resultado del juego de leyes celestes sino una construcción de los propios hombres. Claro que en este ámbito de la realidad cabe lo que no es posible en la naturaleza: que la aceptación conformista se transforme en regularidad empírica.

Desde el ángulo que hemos expuesto se desprende la necesidad de definir algunas conclusiones respecto a las Ciencias Sociales. El conocimiento de cualquier fenómeno social, en su acepción genérica, tendrá que considerar las exigencias que se derivan de este ángulo. Estas las resumimos en las siguientes:

- a) el movimiento interno de los sujetos: génesis, desenvolvimiento y transformación, así como la naturaleza de sus proyecciones en los distintos planos de la realidad;
- b) la influencia de las coyunturas en la construcción del conocimiento y su ensamble con una perspectiva transcoyuntural, de manera de no quedar atrapado en la condición de producto de los fenómenos;
- c) relativizar a las estructuras destacando sus dinamos internos, sus momentos de despliegue y repliegue, de manera de cuestionar los parámetros que tienden a fijar el fluir de los fenómenos en una identidad histórica particular.

De manera más concreta, lo que decimos se corresponde con la urgencia de discutir para poder resolver la cuestión de los límites disciplinarios, por cuanto estos ya no permiten dar cuenta de la complejidad de los fenómenos que emergen, en razón de estar sometidas a la lógica simplificada de objetos aislados. En esta dirección, también se hace imperativa la discusión a cerca de las diferentes modalidades de los sujetos que en el marco del actual sistema clasificatorio de las ciencias quedan prisioneros de esos recortes disciplinarios.

Por último, es un imperativo recuperar las grandes formas de pensamiento ante la historia, más allá de sus teorizaciones histórico sociales concretas, las cuales se busca hoy inteligentemente olvidar con la complicitad de tanto ingenuo o tonto ilustrado, ya que en ellas se encuentra la raíz de un pensamiento capaz de trascender la pura descripción de lo que se presenta como inevitable, por lo mismo fatal, sino de avanzar en la aventura por ayudar a la liberación del hombre.

Cabe ilustrar estas breves notas de reflexión con lo que ocurre en América Latina. Como venimos sosteniendo¹ América Latina vive un momento de reajuste que se pretende

constituye un esfuerzo por recuperar la creatividad de la persona, creatividad que se busca identificar con la dinámica liberadora del mercado... es una idea que se vincula con la democracia, que se ofrece depurada de las contaminaciones propias de cualquier sistema de poder para revestir el carácter de un valor universal. Se olvida todo aquello que encubre en cuanto a situaciones de privilegio y subalternidad económica social y política. Y se difunde con tal fuerza por los medios de comunicación que no se ofrece más alternativa que la de conformarse, esto es, la de encontrar la armonía y el consenso social. La política, por tanto, parece ser la encarnación misma de una utopía añorada que resulta, inesperadamente, ser parte de la misma realidad. Se nos ubica en una inercia, como si la realidad constituyera un túnel fuera del cual no cabe pensar ni soñar.

Desde la lógica que nos rige, la realidad parece haber encontrado su utopía, de manera que carece de sentido cualquier esfuerzo imaginativo que la cuestione... y con ello se pretende aplastar todo intento conducente a liberar al hombre en una sociedad más justa.

Es una necesidad imperativa salirse de los marcos de lectura fijados por el discurso económico del poder, que cada vez se reproduce en forma más homogénea por todas las latitudes de la región latinoamericana; hay que romper con sus lineamientos para ser capaces de vislumbrar realidades diferentes. Esta posibilidad exige afrontar el desafío de una utopía como la base constituyente de visiones renovadas de futuros para el desarrollo de América Latina. Desafío utópico necesario para romper con la trampa, pero que obliga a que la gente realmente quiera una utopía alternativa.

Para ver realidades nuevas hay que necesitarlas. Para forjar utopías se requiere de esta necesidad por una realidad diferente, lo que supone reconocer a esta, saber distanciarse de lo establecido. Simplemente eso: distanciarse. Hay que saber reconocerla. Pero, pregunta: ¿reconocemos a la realidad que nos circunda?

Reconocer a la realidad significa algo más que conocerla. Exige saber ubicarse en el momento histórico que se vive, el cual es una forma de asombro que obliga a colocarse en un umbral desde el cual poder mirar, no solamente para contemplar sino también para actuar; la utopía, antes que nada, es la tensión del presente.

Notas

*. Profesor e investigador de "El Colegio de México". Coordinador Grupo de Trabajo de Teoría y Metodología de las Ciencias Sociales de CLACSO.

1. Zemelman Hugo. "Sobre bloqueo histórico y utopía en América Latina". Revista Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Vol. 10. N° 30. 1992.

Trabajo, clase y estado en el capitalismo global*

Por Ellen Meiksins Wood

El movimiento obrero estadounidense nunca ha tenido realmente su propia organización política, ya fuera un partido socialista fuerte, socialdemócrata, o al estilo del laborismo Británico. El partido demócrata tiene en la actualidad menos aun que ofrecer al movimiento obrero que en el pasado. Pero hoy el caso norteamericano parece menos excepcional de lo que pareció alguna vez, en la medida en que los partidos de la clase trabajadora mejor establecidos -comunista, socialista, socialdemócrata, y obrero- se han separado efectivamente de sus raíces de clase, especialmente en Europa.

Los partidos comunistas y socialistas europeos, por ejemplo, abandonaron la política y el lenguaje de la lucha de clases, mientras que la elección del New Labor en Gran Bretaña llevó al poder a un liderazgo basado en cortar los lazos históricos del partido con el movimiento sindical, dejando a Gran Bretaña, al menos por el momento, en una situación similar a la del modelo norteamericano: un estado de partido único, o como lo enunciara Gore Vidal, un partido con dos alas derechas.

Es posible que incluso esta ambigua victoria para la izquierda, o la subsiguiente elección de gobiernos socialdemócratas en Francia y Alemania, abran nuevas perspectivas políticas. Pero por el momento, muchas personas parecen dar por hecho que la desaparición de la política de la clase trabajadora es algo natural, y que el terreno político sobre el cual los partidos revolucionarios y electorales de la clase trabajadora operaban, sencillamente ya no existe. Ese terreno ha sido más o menos obliterado, en gran medida por la globalización. O al menos eso es lo que se nos dice.

Necesitamos detenernos más de cerca sobre tal presunción. Debemos explorar de manera más crítica las consecuencias políticas de la globalización, y lo que éstas significan para el movimiento obrero y la lucha de clases.

■ ¿Qué es la globalización?

La actual crisis global ha empañado la entera idea de globalización hasta un punto tal que quienes solían ser sus más entusiastas defensores están ahora cuestionando sus



principios más básicos. Los hechiceros financieros neoliberales no sólo están contemplando medidas como el control del capital, que apenas ayer les habrían parecido horribles violaciones a la ley natural, sino que incluso están planteando nerviosamente ciertas preguntas acerca del capitalismo “de libre mercado” en general. Mientras que una significativa revisión teórica es previsible como consecuencia de la crisis, la idea de globalización, sin embargo, no está muerta, y representa una seria preocupación para los movimientos obreros en todas partes.

¿Qué significa entonces la globalización? Los rasgos básicos de la concepción convencional, o lo que algunos han dado en llamar la “tesis de la globalización”, son lo suficientemente conocidos: a principios de los ‘70 el mundo entró en una nueva época de “globalización”, marcada por una creciente internacionalización del capital -no sólo un mercado global sino una producción internacionalizada, e incluso una clase capitalista internacionalizada; el creciente poder de las agencias internacionales del capital como el FMI, Banco Mundial, y la World Trade Organization; rápidos movimientos del capital financiero acelerados por las nuevas tecnologías de la información; la transferencia de capitales desde economías con altos costos de mano de obra a economías de bajos salarios – que sirve como justificación para la disminución de salarios y los ataques a los beneficios sociales en países capitalistas avanzados; y un desplazamiento de la soberanía hacia afuera de los límites del estado-nación.¹

La concepción general de globalización no es, por supuesto, universalmente aceptada.² Nadie duda que el capitalismo se ha vuelto un sistema más *universal* que nunca, y

tampoco que estamos viviendo en una economía “global” con mercados cada vez más internacionales y transacciones económicas de todo tipo que abarcan al planeta entero. Pero algunos escritores de izquierda han expresado dudas acerca de cuánta producción se ha internacionalizado en realidad, acerca de cuán móvil es verdaderamente el capital industrial, y acerca de la existencia misma de corporaciones “multinacionales”. Tales críticas han señalado que la vasta mayoría de la producción aún sucede en compañías de base nacional, en locaciones únicas. Han argumentado también que no existe lo que se ha dado en llamar corporaciones “multinacionales”, y que sólo hay corporaciones de base nacional con alcance transnacional.

Los críticos de las ideas convencionales sobre la globalización también han señalado que mientras que las fugas de capital hacia las economías de bajos salarios podrían constituir un serio problema, la inversión extranjera directa se ha concentrado de manera abrumadora en países capitalistas avanzados, con el capital moviéndose entre éstos. Existen diferencias entre las grandes economías capitalistas, con algunas más expuestas que otras a las presiones competitivas internacionales. Los Estados Unidos, por ejemplo, están protegidos de algunas formas de competencia porque una proporción relativamente pequeña de su economía esta dedicada a la manufactura, y la fracción de la fuerza laboral norteamericana empleada en la manufactura es aún menor. Más del 70 % del empleo total en los Estados Unidos se encuentra en el sector de servicios, la mayoría en industrias que simplemente no pueden relocalizarse en otras economías con fuerzas laborales baratas y desorganizadas.

Pero cualquiera sea la proporción de la industria manufacturera en la economía norteamericana (o en otros países capitalistas avanzados), ésta constituye todavía -y probablemente lo siga haciendo- una cantidad desproporcionadamente grande de la producción mundial total. En este sector la competencia ciertamente se ha intensificado, generalmente al interior de los países capitalistas avanzados entre sí. Los Estados Unidos, en particular, han sido profundamente afectados por la competencia de Japón y Alemania. Al mismo tiempo, la solución preferida no ha consistido simplemente en exportar industrias a los países del Tercer Mundo. Las industrias manufactureras son mucho menos móviles de lo que el saber convencional acerca de la globalización sugiere -no en escasa medida debido a que las inversiones de capital de gran escala y a largo plazo son difíciles de abandonar. En esta situación, las estrategias competitivas no tienen muchas posibilidades de basarse en el traslado del capital a otros lugares, por lo que la opción más corriente es la de tratar de reducir los costos laborales en las propias economías avanzadas. De hecho, una de las más notables características de la actual economía global no es la industrialización y enriquecimiento de los países más pobres del Tercer Mundo, sino por el contrario, un creciente empobrecimiento de las economías dejadas en los márgenes de la globalización y una creciente polarización entre ricos y pobres.

Resulta entonces difícil formular cualquier proposición simple acerca de la competencia entre economías de bajos salarios y de altos salarios, o de los peligros de las fugas de capital en respuesta a la organización y lucha de la clase trabajadora. En términos más generales, no existe una correlación simple entre las políticas o la ideología de la “globalización” y la actual exposición de las economías capitalistas avanzadas a la competencia internacional, al menos a la competencia por parte de las economías de bajos salarios. La “globalización” es ciertamente una amenaza efectiva, y por ende una estrategia política poderosa. Pero no debemos equiparar acríticamente amenaza con realidad.

Más allá de estos desafíos empíricos a la noción convencional de globalización, existen preguntas más amplias, dos de las cuales debemos esbozar aquí. En primer lugar, debiéramos preguntarnos cuán nuevo es este fenómeno. De acuerdo con la tesis de la globalización, hemos estado viviendo en una nueva época desde inicios de los ‘70. Sin embargo, nada más obvio que la improbable semejanza entre el mundo burgués tan vívidamente retratado por el *Manifiesto Comunista* en 1848 y la “época de la globalización” en la que estamos viviendo hoy:

“Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. ... Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas ... por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados. ... En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones”.

Y todas las crisis del siglo veinte, hasta la reciente en Asia inclusive, se anticipan aquí:

“(T)oda esta sociedad burguesa, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. ... Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. ... Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción.”

En vista de la presciencia de Marx, ¿cómo podemos sostener la noción de que la “globalización” marca una nueva época que comenzó a principios de los ‘70? Una explicación

mucho más plausible para la conexión entre el mundo de Marx y el nuestro es que la globalización no es una nueva época, sino un proceso de largo plazo; no se trata de un nuevo tipo de capitalismo, sino de la lógica del capitalismo tal como éste ha sido desde el principio.

Este punto de vista, por supuesto, no ignora los cambios masivos que han acontecido en el siglo y medio pasado. Por el contrario, las “leyes de movimiento” capitalistas –como Marx sabía mejor que nadie– son precisamente leyes del cambio *constante*. Pero cómo interpretemos dichos cambios depende en gran parte de las coordenadas desde las cuales los observamos. Por ejemplo, vista como una época, desde la perspectiva de las teorías convencionales de la globalización, ésta tiende a percibirse como una era totalmente nueva, en la cual el triunfo final del capitalismo ha clausurado todas las alternativas. Vista desde la perspectiva de Marx, como un proceso de largo plazo, la globalización aparece como algo profundamente contradictorio, en el cual cada avance en la expansión del capitalismo ha traído consigo desde el principio nuevas inestabilidades y nuevas posibilidades de lucha.

Esto nos lleva a la segunda gran pregunta acerca de la globalización, que concierne al papel de la competencia en la tesis de la globalización. Bajo su luz, la competencia parece estar en el corazón mismo de la tesis: para la derecha, porque cada esfuerzo del capital destinado a empeorar las condiciones de los trabajadores, cada ataque al “estado benefactor” se justifica en nombre de la competitividad y los rigurosos nuevos requerimientos de la competencia en una economía globalizada; para la izquierda, porque muchas de las mismas presunciones han llevado al derrotismo y la convicción de que lo único que podemos hacer es desarrollar nuestras propias estrategias, más humanas, de competitividad.

Aún así, existe una curiosa contradicción en la tesis de la globalización, y aunque parezca extraño, dicha contradicción es más visible en algunas variantes de izquierda. La tesis está basada en la premisa –y ésta es la razón por la cual tiene implicancias *políticas* de tan amplio alcance– de que el efecto de la globalización es la formación de un capital internacional cada vez más unido y todopoderoso, contra el cual las fuerzas anticapitalistas serían poco menos que impotentes. Pero al examinar dicha presunción encontramos algunas inconsistencias. Pareciera como que en la tesis de la globalización la transnacionalización del capital no significara la *intensificación* de la competencia sino, por el contrario, su *declinación* entre las mayores potencias capitalistas. En suma: esto significaría la *interpenetración* de capitales nacionales, y su creciente colaboración, aparentemente *en lugar de* la competencia.³

Ahora bien, aún el teórico más extremo de la globalización jamás diría que la globalización está creando un solo capital internacional unificado. Obviamente, la globaliza-

ción todavía tiene un largo camino por recorrer, y en el futuro, hasta donde resulta predecible, todos los que participan en el mercado tendrán que pelear para permanecer en la cima. Pero la implicancia más fuerte de la tesis de la globalización es que existe una relación inversa entre globalización y competencia: cuanto más globalmente integrado se vuelve el capitalismo, más unificada estará la clase capitalista. Esto pareciera implicar que la globalización no es el *crecimiento* de la competencia, sino su supresión.

De acuerdo con dichos argumentos, es verdad que un capital altamente móvil se mueve libremente a través de las fronteras nacionales en busca de mano de obra barata, y al mismo tiempo hace descender los salarios en su país de origen. Pero esto aparentemente no sucede debido a los antiguos imperativos de competencia entre capitalistas, que *siempre* los han llevado a aumentar la rentabilidad y la participación en el mercado por medio de la baja de los costos laborales. Sucede simplemente porque el capital es ahora libre de hacer sentir su gravitación por doquier, ejerciendo sin cortapisas su poder. La tesis de la globalización, entonces, que constantemente invoca la necesidad de competencia, también remite a una internacionalización del capital que expulsa la competencia, une al capital formando una única clase internacional, y desarticula toda oposición.

Pero vista desde un enfoque diferente la globalización significa exactamente lo contrario. En primer lugar, no debemos olvidar que el capitalismo siempre e indefectiblemente comporta competencia. La competencia está en el corazón mismo del sistema. Esto obviamente no significa que el capital no hará lo posible para evadir la competencia. Por el contrario, es una ley de la competencia que el capital procurará *evadirla*. La competencia capitalista significa tratar siempre de mantener e incrementar la participación en el mercado, y una manera clásica de hacerlo es cooperar secretamente con los competidores, crear monopolios –como bien lo sabía ya Adam Smith– o dejar fuera a los rivales por la pura fuerza del tamaño y las economías de escala. Y, por supuesto, una de las consecuencias de la competencia es que los perdedores serán tragados por los ganadores –aún cuando los ganadores de hoy podrían ser los perdedores de mañana. Por consiguiente, el aumento en la concentración y centralización del capital no es la *antítesis* de la competencia sino una de sus expresiones. Los competidores pueden haberse ampliado: no sólo enormes compañías domésticas sino firmas transnacionales (y esto, nuevamente, no suele significar empresas *no-nacionales*, sino compañías *nacionales* con alcance transnacional). Pero todo esto ciertamente que no ha disminuido la competencia. Por el contrario, la competencia entre economías capitalistas avanzadas se ha intensificado a medida que nuevos y agresivos jugadores han ingresado al juego.

Tomemos por ejemplo el caso clásico de un capitalismo hegemónico y monopolístico –los Estados Unidos en los inicios del período de posguerra. La economía de EE.UU. era tem-

poralmente hegemónica y prácticamente no enfrentaba desafíos, en gran medida debido a la guerra. Pero la recuperación de las potencias vencidas pronto incorporó nuevos y más dinámicos competidores al juego (y aquí, el período de hegemonía de los EE.UU. podría incluso haberse tornado un handicap competitivo). El resultado fue sin duda más “monopolios” capitalistas –no sólo norteamericanos, sino también japoneses y alemanes- que de ninguna manera significaron menos competencia. Por el contrario, unidades mayores han hecho a la competencia más feroz y destructiva. Por un lado este tipo de competencia significa el colapso de las compañías pequeñas; y por el otro vemos ahora nuevas formas de macro-competencia, por llamarla de alguna manera, con economías nacionales enteras envueltas en implacables rivalidades y nuevas formas de intervención estatal para asistir-las.

Por lo tanto, la colaboración capitalista nunca ha sido incompatible con la competencia. De hecho, la interacción entre ambas es otra de esas contradicciones características del capitalismo. Aún la más avanzada colaboración transnacional convive mano a mano con la competencia más feroz. Basta con echar una mirada a la Unión Europea en la actualidad. La Unión tiene como objetivo precisamente fortalecer a las economías europeas en su competencia con los EE.UU. y Japón. Pero es también el terreno de la competencia *entre* estados europeos. De hecho, uno de los resultados esperados, incluso deseados, de la Unión Monetaria Europea y la moneda común, es la intensificación de la competencia al interior de las economías europeas e incluso entre sí, en la medida que las diversas economías nacionales son despojadas de sus protecciones nacionales (por ejemplo, política monetaria y manipulación de las tasas de cambio) contra la fuerza arrolladora del mercado competitivo.

¿Qué conclusiones debiéramos sacar entonces de esta competencia intensificada entre los países capitalistas avanzados? Una conclusión obvia es que la globalización podría significar menos y no más unidad capitalista. De manera tal que por lo menos la parte de la tesis de la globalización que postula la existencia de un capital internacional cada vez más unificado se ve desmentida por la competencia capitalista.

Pero esta intensificación de la competencia: ¿significa que los teóricos de la globalización están en lo correcto al invocar los requerimientos de la competitividad? Más de un texto en este volumen expondrá los defectos de las estrategias competitivas de izquierda y explicará por qué son malas para los trabajadores. Por eso limitaré mis argumentos a un único punto, a saber: la principal conclusión que el movimiento obrero y la izquierda debieran extraer de la globalización, o la universalización del capitalismo, es que el capitalismo se encuentra hoy más que nunca abrumado por sus contradicciones internas, y que ésta es una razón para intensificar, no abandonar, las luchas anticapitalistas.

La universalización del capitalismo significa que más economías capitalistas están ingresando a la competencia global; que las mayores economías capitalistas están dependiendo de las exportaciones hasta grados casi suicidas; y que las crisis de sobreproducción son cada vez más severas. Al mismo tiempo, para hacerse competitivas, dichas economías capitalistas restringen la capacidad de compra de los propios consumidores que están compitiendo para alcanzar. La máxima rentabilidad para el capital hoy depende cada vez menos del crecimiento absoluto o de la expansión hacia afuera, y más de la redistribución y de una brecha cada vez más extensa entre ricos y pobres, tanto al interior de las naciones-estado como entre ellas.

La situación difícilmente podría ser más contradictoria de lo que ya es. El punto, entonces, es que las fortalezas del capitalismo son también sus debilidades, y que la globalización podría estar ampliando, y no restringiendo, el espacio para las políticas de oposición.

■ El Estado y la lucha de clase

Esta argumentación acerca de las nuevas posibilidades políticas sería hueca si la tesis de la globalización estuviera en lo cierto en lo tocante a sus supuestos básicos sobre el estado y la transferencia de soberanía de éste al capital global. Repetidas veces se nos dice que la globalización ha tornado irrelevantes a los estados nacionales. Para algunos, esto significa que nada queda por hacer, que no existe un espacio real para las políticas socialistas, porque su blanco tradicional, el estado-nación, se ha desvanecido. Para otros, significa que la lucha debe trasladarse de inmediato al plano internacional. En ambos casos, una política reconocible como propia de la clase trabajadora parecería estar fuera de toda posibilidad.

Esta es, entonces, la presunción que quiero desafiar ahora. Pretendo argumentar que la globalización ha hecho a la política de la clase trabajadora –una política dirigida al estado y al poder de clase concentrado en el estado- más, y no menos, posible e importante.

Los marxistas solían enfatizar las maneras en que el crecimiento del capitalismo alienta el desarrollo de la conciencia y la organización de clase. La socialización de la producción y la homogeneización del trabajo, y la interdependencia nacional, supranacional e incluso global de sus partes constituyentes, se suponía que creaban las condiciones para la emergencia de la conciencia de clase y la organización en escala masiva, e incluso para la solidaridad internacional. Pero los desarrollos a lo largo del siglo XX han socavado dicha convicción de manera creciente y, algunos dirían, de modo irreparable.

La incapacidad de la clase trabajadora para satisfacer las expectativas del marxismo tradicional es típicamente citada por intelectuales izquierdistas como la razón principal para abandonar el socialismo, o por lo menos para buscar actores alternativos. En décadas recientes, el marxismo occidental, luego el post-marxismo y el postmodernismo han, uno tras otro, asignado esta responsabilidad histórica (si es que todavía creen, siquiera mínimamente, en la historia o en sus agentes) a los intelectuales, a los estudiantes, a los “nuevos movimientos sociales” –a cualquiera excepto a la clase trabajadora. Hoy, el movimiento obrero casi ha desaparecido de las variantes más de moda entre los teóricos y políticos izquierdistas. Y la globalización pareciera haber dado el último golpe.

La mayoría de los que hablan acerca de la globalización, por ejemplo, probablemente digan que en la era del capitalismo global la clase trabajadora, si es que aún existe, está más fragmentada que nunca. Y si están en la izquierda, es probable que digan que no hay alternativa, que lo mejor que podemos hacer es liberar un poco más de espacio en los intersticios del capitalismo por medio de muchas luchas particulares y separadas –el tipo de luchas que a veces se denomina “políticas de la identidad”.

Ahora bien, existen muchas razones para esta tendencia a repudiar la política de clases en favor de la fragmentación política y las políticas de la identidad. Pero sin duda una razón de peso es el supuesto de que, cuanto más *global* se torna el capitalismo, más global deberá ser la *lucha* contra él. Después de todo, reza el argumento, ¿acaso no es cierto que la globalización ha transferido el poder desde los estados nacionales a las instituciones y fuerzas transnacionales? ¿Y no es obvio que ello significa que cualquier lucha en contra del capitalismo deberá operar en ese nivel transnacional?

Entonces, dado que la mayoría de las personas tienen dificultades razonables para creer en tal grado de internacionalización y en la posibilidad misma de organizarse a ese nivel, naturalmente llegan a la conclusión de que en realidad el juego se ha terminado. Concluyen que el capitalismo llegó para quedarse, que ya no tiene ningún sentido tratar de construir un movimiento político masivo, o una fuerza política inclusiva y de amplio alcance como las que los antiguos partidos de la clase trabajadora aspiraban a ser. En otras palabras: la clase como fuerza política ha desaparecido, y junto a ella el socialismo como un objetivo político. Si no podemos organizarnos a escala global, lo único que nos queda es ir al otro extremo. Todo lo que podemos hacer, aparentemente, es volvernos hacia adentro, concentrándonos en nuestras propias opresiones locales y particulares.

En el otro extremo se encuentra un tipo de internacionalismo abstracto carente de bases materiales. Una cosa es reconocer la importancia de la solidaridad internacional y la cooperación entre movimientos obreros nacionales. Ese tipo de internacionalismo no sólo es esencial para los valores so-

cialistas sino también estratégicamente indispensable para el éxito de muchas luchas de clase a nivel nacional. Pero algunos en la izquierda invocan una “sociedad civil internacional” como la nueva arena de lucha, o la “ciudadanía global” como la base para una nueva solidaridad –y eso suena menos como una estrategia anti-capitalista que como un silbido en la oscuridad. Cuando dicen que la arena internacional es la *única* para los socialistas, que el capital global *sólo* puede enfrentarse con una respuesta auténticamente global, parecerían estar diciendo –con no menos certeza que los abogados de la política fragmentada– que la lucha contra el capitalismo efectivamente se ha terminado.

Mi propia conclusión es diferente, porque parto de premisas diferentes. Permítaseme decir en primer lugar que siempre he tenido reservas respecto de la relación directa entre el crecimiento del capitalismo y la unidad de la clase trabajadora. Unos diez y siete años atrás, en un artículo titulado “La separación de lo económico y lo político en el capitalismo”, me referí a la fuerza centrífuga del capitalismo, a las maneras en que, contrariamente al saber convencional del marxismo, la misma estructura de producción y explotación en un capitalismo completamente desarrollado tiende a *fragmentar* la lucha de clase y a *domesticarla*, a volcarla hacia adentro, a hacerla sumamente local y particularista.⁴ El capitalismo ciertamente tiene efectos homogeneizantes, y la integración de la economía capitalista provee las bases materiales para la solidaridad de la clase trabajadora más allá de los muros de la empresa individual e incluso de las fronteras nacionales. Pero el efecto más inmediato del capitalismo es limitar el conflicto de clase a las unidades individuales de producción, descentralizando y localizando la lucha de clase.

Debemos enfatizar que este desenlace no es producto de una falla en la conciencia de clase de los trabajadores. Es una respuesta a una realidad material, a la forma en que el mundo social es realmente organizado por el capitalismo. Vale agregar aquí que pese a que los conflictos de clase son localizados de esta manera la clase trabajadora es, paradójicamente, dividida aún más por la competencia entre las empresas, en la cual los trabajadores son llevados a verse como aliados de sus explotadores en contra de sus competidores, tanto capitalistas como trabajadores. Esta es una tendencia que la ideología de la globalización está tratando de promover por todos los medios.

El repliegue hacia adentro de la lucha de clases también significa, como sugerí, que en el capitalismo los asuntos políticos son en cierta forma privatizados. Los conflictos sobre la autoridad y la dominación, que en las sociedades pre-capitalistas están directamente dirigidos a los poderes jurisdiccionales o políticos de señores y estados, en el capitalismo se han desplazado hacia la empresa capitalista individual. Si bien el capital continúa dependiendo del poder del estado para sustentar el sistema de propiedad y mantener el orden social, no es en el estado sino en el proceso de producción, y

en la organización jerárquica de éste, que el capital ejerce su poder sobre los trabajadores más directamente.

Pensé también que esto tenía algo que ver con el hecho de que las revoluciones modernas han tendido a ocurrir donde el capitalismo estaba *menos*, y no más, desarrollado. Donde el estado mismo es el explotador de primer orden –por ejemplo, explotando a los campesinos por medio de los impuestos– las luchas económicas y políticas son difíciles de separar, y en casos así, el estado puede fácilmente volverse el foco de luchas masivas. Es, después de todo, un enemigo de clase mucho más visible y centralizado de lo que el capital en sí mismo podría nunca llegar a ser. Cuando en cambio la gente confronta directamente con el capital generalmente lo hace sólo oponiéndose a capitales individuales y separados, o a empleadores concretos. Es por ello que incluso las revoluciones proletarias han tendido a ocurrir allí donde los conflictos de la clase trabajadora con el capital se fusionaron con otras luchas pre-capitalistas, principalmente la de los campesinos contra los terratenientes y los estados explotadores.

Pero mientras planteaba que el capitalismo tiene una tendencia a fragmentar y privatizar las luchas, también me parecía que se presentaban algunas nuevas tendencias compensatorias: la creciente integración internacional del mercado capitalista estaba desplazando los problemas de la acumulación de la empresa individual a la esfera macroeconómica, y el capital estaba siendo forzado a confiar más y más en el estado para crear las condiciones adecuadas para la acumulación. De modo que sugerí que la creciente complicidad del estado en los propósitos antisociales del capital puede eventualmente significar que el estado se tornaría cada vez más en un blanco primario de la resistencia en los países capitalistas avanzados, y podría empezar a contrarrestar algunos de los efectos centrífugos del capitalismo, tales como su tendencia a fragmentar y domesticar a la lucha de clases.

Ahora bien, por ese entonces yo nunca había oído hablar de la globalización, y no sabía que bien pronto la gente estaría dando por hecho que la integración internacional del mercado capitalista debilitaría a los estados-nación, desplazando el foco del poder capitalista fuera del estado. En los últimos tiempos, cuando la globalización está en boca de todos, me he descubierto argumentando en contra del supuesto ampliamente difundido de que la globalización está tomando al estado-nación cada vez más irrelevante. He estado argumentando que, cualesquiera fueran las funciones que el estado podría estar perdiendo, está ganando otras nuevas como conducto principal entre el capital y el mercado global. Ahora quiero sugerir que este desarrollo podría estar comenzando a generar las consecuencias para la lucha de clase que, allá por 1981, vislumbraba como una perspectiva para el futuro.

Podemos debatir cuánta globalización ha tenido lugar efectivamente; o qué se ha internacionalizado verdaderamente o no. Pero una cosa está clara: en el mercado global,

el capital *necesita* al estado. Lo necesita para mantener las condiciones de acumulación y competitividad en varias formas, incluyendo subsidios directos y operaciones de rescate financiadas por los contribuyentes (México, los Tigres Asiáticos). Necesita al estado para preservar la disciplina laboral y el orden social frente a la austeridad y la “flexibilidad”, y para acrecentar la movilidad de capital al tiempo que bloquea la movilidad de los trabajadores.

Detrás de cada corporación transnacional hay una base nacional que depende de su estado local para sustentar su viabilidad, y de otros estados para darle acceso a otros mercados y otras fuerzas de trabajo. “Los ejecutivos”, escribe el periodista del New York Times Thomas L. Friedman, “dicen cosas como ‘No somos una compañía americana. Somos IBM USA, IBM Canadá, IBM Australia, IBM China’. ¿Ah, sí? Bueno, entonces la próxima vez que se meta en problemas en China, llame a Li Peng para que lo ayude. Y la próxima vez que el Congreso cierre otra base militar en Asia ... llame a la marina de Microsoft para que le asegure las rutas marítimas de Asia”⁵

En cierta forma, el punto central de la globalización consiste en que la competencia no es tan sólo –ni siquiera mayormente– entre firmas individuales, sino entre economías nacionales. Y en consecuencia, el estado-nación ha adquirido nuevas funciones como un instrumento de la competencia. En todo caso, el estado-nación es el *agente principal* de la globalización. El capital estadounidense, en su cruzada por la competitividad, requiere un estado que mantenga los costos sociales en su mínima expresión a la vez que mantiene en caja el conflicto social y el desorden generados por la ausencia de prestaciones sociales. En la Unión Europea, que se supone es el modelo de organización transnacional, cada estado europeo es el agente principal en la imposición a sus ciudadanos de las austeridades y padecimientos necesarios para cumplir con los severos requerimientos planteados por la unión monetaria, y cada estado es el principal instrumento de contención de los conflictos engendrados por estas políticas –el principal agente para mantener el orden y la disciplina laboral. Aún si los impulsos fuertemente nacionalistas de los estados europeos permiten que la integración continúe, una vez que estos estados ceden sus instrumentos tradicionales para absorber los shocks económicos, tales como el déficit público y las devaluaciones de moneda, el estado será aún más necesario para mitigar el malestar social (o, como muchos críticos esperan, los estados individuales simplemente violarán las reglas de la Unión). La unión monetaria podría entonces hacerse añicos contra las rocas de la convulsión social. Si sobreviviera a estas acechanzas es más probable que en el futuro estos estados-nación continúen jugando un rol central en el mantenimiento del entorno adecuado para la acumulación de capital y la competitividad.

En varios países el estado juega también otros roles. En particular, nuevamente, mantiene a la mano de obra inmobilizada mientras que el capital se mueve a través de las fron-

teras nacionales, o en los capitalismos menos desarrollados actúa como una correa de transmisión para otros estados capitalistas más poderosos. Por supuesto, es posible que el estado cambie su forma, y que el tradicional estado-nación dé lugar, por un lado, a estados más estrechamente locales y, por otro, a autoridades políticas regionales más amplias. Pero sea cual sea su forma, el estado continuará siendo crucial, y es probable que por un largo tiempo aún el viejo estado-nación siga jugando su rol dominante.

¿Cuál ha sido entonces el efecto de las nuevas funciones del estado? ¿Cuáles han sido las consecuencias para la lucha de clases? ¿Es cierto que, tal como lo sugerí anteriormente, las nuevas funciones del estado en un capitalismo “globalizado”, “flexible”, están haciendo de él el blanco de la lucha de clase y el nuevo foco de la unidad de la clase trabajadora? Es muy pronto aún para juzgar, pero para empezar podemos tomar nota de la creciente cantidad de protestas masivas y demostraciones callejeras en Francia, Alemania, Canadá, Corea del Sur, Polonia, Argentina, México, y en algunos otros lugares. Sin avanzar sobre ellas o sus posibles efectos, es válido de todos modos considerar su denominador común.

Sin duda la mayoría de las personas aceptarían que tienen algo que ver con la globalización. Aún si tenemos nuestras dudas acerca de ciertos aspectos de la globalización, consideremos apenas aquellos sobre los cuales estamos de acuerdo: se trata de una reestructuración que está teniendo lugar en cada país capitalista avanzado, y como una parte importante de dicha reestructuración se cuentan los esfuerzos para eliminar varios tipos de prestaciones sociales en aras de la competitividad. Este es exactamente el tipo de complicidad entre estado y capital al que me estaba refiriendo: no sólo la retirada del estado de sus funciones paliativas sino su cada vez más activo papel en la reestructuración de la economía en pos de los intereses del capital y en detrimento de todos los demás. Las acciones del estado han empujado a la gente a las calles para oponerse a las políticas del estado en países tan diversos como Canadá y Corea del Sur.

En este volumen, Sam Gindin sugiere que de hecho la globalización ha creado nuevas oportunidades para la lucha. Con la “reestructuración económica nacional e internacional viene un grado más alto de integración de componentes y servicios, especialización e inventarios muy ajustados”, escribe, y esto hace a las corporaciones más vulnerables a ciertos tipos de luchas locales, regionales y nacionales. Lo que estoy diciendo es que precisamente este tipo de integración ha vuelto al estado, en muchos sentidos, más importante que nunca antes para el capital. De esta y otras formas, la simbiosis entre capital y estado es *más estrecha* que nunca, y eso convierte a cada estado en un foco potencial de conflicto y lucha de clases en un grado más alto que nunca antes en las economías capitalistas avanzadas.

Por lo tanto difícilmente sea ahora el momento para que la izquierda abandone este terreno político en favor de polí-

ticas fragmentadas o un internacionalismo completamente abstracto. Si el estado es el principal agente de la globalización, de la misma manera y muy en especial en los países capitalistas avanzados, aquél aún posee las armas más poderosas para *bloquear* la globalización. Si el estado es el canal a través del cual el capital se mueve en la economía globalizada, entonces es igualmente el medio por el cual una fuerza anticapitalista podría cortar de raíz esa línea de vida capitalista. Viejas formas keynesianas de intervención podrían ser aún menos efectivas hoy de lo que fueron antes. Pero lo que esto significa es que la acción política ya no puede sencillamente tomar la forma de *intervenir* en la economía capitalista. Ahora se trata más bien de *separar* la vida material de la lógica del capitalismo.

En el corto plazo, esto significa que la acción política no puede dirigirse tan sólo a ofrecer incentivos de capital para hacer cosas socialmente productivas, o a compensar los estragos del capital por medio de “redes de seguridad”. La política debe dirigirse cada vez más a utilizar el poder del estado para *controlar* los movimientos del capital y para colocar su asignación y la disposición del superávit económico cada vez más bajo el alcance de una *accountability* democrática y en concordancia con una lógica social diferente de la lógica de la competencia y la rentabilidad capitalista.⁶

■ Conclusión

Uno de los principales problemas que dificultan la organización de las luchas anticapitalistas siempre ha sido que el capital no presenta un blanco único y visible. Y la separación formal entre las esferas económica y política que es característica del capitalismo —en la cual la explotación tiene lugar mediante un intercambio aparentemente libre entre “iguales” jurídicos, en un contrato entre capital y mano de obra, y la relación entre ellos es mediada por un “mercado” impersonal— ha creado lo que superficialmente se percibe como un estado “neutral” que no interviene de manera visible en los enfrentamientos cotidianos entre capital y mano de obra. Pero dado que el capital depende del estado para abrirse camino a través de la economía global, ya sea por medio de políticas neoliberales o apelando a otros recursos, el poder del capital se vuelve más concentrado en el estado, y la connivencia de éste con el capital se torna cada vez más transparente.

Esta es una importante razón por la cual necesitamos ser cuidadosos acerca de cómo usamos el término “globalización”. Debemos evitar tratar a las tendencias que se asocian a dicho término como si fueran procesos naturales inevitables, en vez de procesos *capitalistas* históricamente específicos: la explotación capitalista de seres humanos y recursos naturales, ayudados e instigados por una colaboración directa entre estado y capital. De hecho, el concepto de globalización juega hoy un rol tan prominente en la ideología capita-

lista precisamente porque ahora se necesitan poderosas armas ideológicas para enmascarar y mistificar esta cada vez más directa y obvia connivencia.

Si el estado puede hoy más que nunca servir como blanco de la lucha anticapitalista, puede también, en tanto foco de las luchas de clase locales y nacionales, ser una fuerza unificadora al interior de la clase trabajadora en contra de su fragmentación interna, y también entre el movimiento obrero y sus aliados en la comunidad. Al mismo tiempo, mientras la lógica destructiva del capitalismo se torna cada vez más universal, las luchas nacionales contra aquélla pueden constituirse en la renovada y fortalecida base de un nuevo internacionalismo. Éste no reposaría sobre una noción abstracta y poco realista de una sociedad civil internacional o ciudadanía global, ni en la ilusión de que podemos mejorar las cosas incrementando la representatividad de la izquierda en organizaciones transnacionales como el FMI, sino en el apoyo mutuo entre varios movimientos locales y nacionales en sus luchas contra sus propios capitalismo y estados nacionales.

Esto no significa que no haya lugar para esfuerzos comunes a nivel transnacional, o que el movimiento obrero deba descuidar las organizaciones transnacionales como la Unión Europea, en las que podría marcar una diferencia. Pero los esfuerzos colaborativos de este tipo en última instancia dependen de un movimiento obrero nacional fuerte y bien organizado. De haber un lema para resumir este tipo de internacionalismo el mismo bien podría ser "Trabajadores de todos los países, uníos –pero la unión empieza por casa".

Aún cuando, como ahora parece posible, la actual crisis global ponga un freno a la globalización neoliberal, la misma no terminará con la universalización del capitalismo y las crecientes contradicciones que resultan de ella, y el capital seguirá necesitando la ayuda del estado para navegar las turbulentas aguas de la economía global. La organización política de la clase trabajadora es ahora más importante y potencialmente efectiva que nunca.

Notas

Tomado de *¿Resurgiendo de las cenizas? El trabajo en la era del capitalismo "global"*

Editado por Ellen Meiksins Wood, Peter Meikins, y Michael Yates, Monthly Review Press, New York

Traducción de Florencia Enghel

Revisión Técnica de Atilio A. Boron

1. Los lectores estarán sin duda familiarizados con las versiones convencionales de la tesis de la globalización, por el mero hecho de leer los diarios. Existen también varias versiones de izquierda de dicha tesis. Para una expresión moderada y relativamente juiciosa, véase Richard B. DuBoff y Edward S. Herman, "A Critique of Tabb on Globalization", *Monthly Review* 49 (November 1997): 27-35. Una versión algo más exagerada puede encontrarse en A. Sivanandan, "Capitalism, Globalization and Epochal Shifts: An Exchange", *Monthly Review* 48 (February 1997): 19-21. Para una versión particularmente extrema, ver Roger Burbach, "The Epoch of Globalization", *URPE Newsletter* 29 (Fall 1997): 3-5.

2. Ver, por ejemplo, Greg Albo, "The World Economy, Market Imperatives, and Alternatives", *Monthly Review* 48 (December 1996): 6-22; Doug Henwood, "Post What? *Monthly Review* 48 (September 1996): 1-11; Harry Magdoff, "Globalization: To What End?" (New York: Monthly Review Press, 1992); L. Panitch, "Globalisation and the State", in R. Miliband and L. Panitch, eds., *Socialist Register 1994: Between Globalism and Nationalism* (London: Merlin, 1994), 60-93; William K. Tabb, "Globalism Is an Issue, The Power of Capital Is the Issue", *Monthly Review* 49 (June 1997): 20-30.

3. Para el alegato más explícito y extremo sobre esta posición, ver Burbach, "The Epoch of Globalization".

4. Ese artículo, publicado en 1981 en la *New Left Review*, ha aparecido más recientemente en mi libro *Democracy Against Capitalism: Renewing Historical Materialism* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), 19-48.

5. New York Times, 10 de abril de 1998.

6. Sobre estos temas ver Albo, "The World Economy".



Para una definición del concepto de “movimiento social”

Por René Mouriaux* y Sophie Beroud**

Después de varios trabajos de investigación¹ sobre las huelgas del servicio público francés del otoño del '95 y sobre las movilizaciones de los desocupados del invierno del '97 y del '98, quisimos orientar nuestra reflexión sobre un segundo enfoque: cuestionar la definición misma del concepto de movimiento social, a partir de las principales teorías que se enfrentan en este terreno, con el objetivo de entender en sus relaciones dinámicas el sentido de las palabras y de las cosas, el carácter multidimensional y conflictivo del objeto de estudio.

La necesidad de esta reflexión se entiende, por lo menos, en tres niveles. En primer lugar, durante las huelgas referidas anteriormente se inició una polémica sobre la forma de calificarlas. Por ejemplo, el historiador François Furet las designó como una simple “suma de movimientos sociales corporativos” en su último artículo. Polarizada en la confrontación entre dos peticiones², la batalla semántica participó no solamente en la comprensión de la realidad sino también en su desarrollo, lo que influyó en las diferentes maneras de vivir, de relatar y de analizar el evento.

En segundo lugar, esta mediación por el lenguaje siempre en situación incita a romper con las representaciones dadas por el sentido común en el reto de “comprender la lógica que es propia al objeto en lo que este objeto es propio”.³ Como la comprensión del concreto pasa por la abstracción, y la del movimiento por sus rasgos constantes, el problema concierne a la “falsa abstracción”: al hecho de formalizar ciertas propiedades de la realidad para establecer un concepto intemporal que permite, en seguida, clasificar lo real desviándonos de un conocimiento concreto en el que lo real sanciona justamente, y hace evolucionar, la propia definición. “Todo concepto” escribe Lucien Sève, “mas allá de sus aspectos abstractos, generales, intemporales, es el producto de un momento preciso del conocimiento, el cual refleja a su vez un momento preciso del desarrollo de los hechos”.⁴ Parte integrante de la vida social, el pensamiento, gracias al ejercicio de la definición, procura al mismo tiempo explicar las estructuras históricas del conocimiento e iluminar la génesis propia del objeto.



En tercer lugar, y como lo apunta Michel Verret, no hay “definición que no implique, de manera implícita o explícita, su teoría de la definición”.⁵ Definir el concepto de movimiento social con la ambición de entenderlo en su forma contemporánea consiste en proponer un abordaje de la problemática de las luchas sociales. En este sentido, la definición será distintiva en un doble sentido: en su esfuerzo de confrontación con las teorías existentes, y en la propia construcción del objeto que propone.

■ 1. Entender las contradicciones del movimiento social a la luz de sus interpretaciones

Durante las huelgas del otoño del '95, la batalla entre dos peticiones fue reducida por los medios de comunicación a un enfrentamiento entre la revista *Esprit* y el sociólogo Pierre Bourdieu. Se puede presentar, más precisamente, como una oposición entre varios intelectuales cercanos a la CFDT (Confédération Française Démocratique du Travail) de Nicole Notat quién aprobó el proyecto de reforma de la protección social lanzado por el gobierno de derecha, entre quienes se encontraba Alain Touraine, y otros intelectuales, opuestos a esta reforma y deseosos de sostener a los sindicatos que protagonizaban las huelgas, a través de la asociación Ressay. En este sentido, las dos peticiones representaban análisis opuestos de una fase muy importante – la más grande en términos cuantitativos de manifestantes y de huelguistas desde mayo del '68 – de las luchas sociales en la Francia contemporánea. Respecto a este conflicto interpretativo que se desarrolló a partir del conflicto laboral propiamente dicho, parece pertinente cuestionar las teorías del mundo social elaboradas por Pierre Bourdieu y por Alain Touraine.

Es verdad, sin embargo, que la oposición entre los dos sociólogos franceses no resume, por sí sola, la variedad de las problemáticas sobre los movimientos sociales. Se sabe que la sociología de la acción colectiva tiene varias ramificaciones en el campo científico que algunas obras de síntesis han intentado clasificar de manera racional,⁶ continuando el trabajo de comparación efectuado por François Chazel en un capítulo del *Traité de Sociologie* dirigido por Raymond Boudon.⁷ Hemos elegido no tener en cuenta las distinciones propuestas entre las teorías psicológicas y comportamentales, las teorías de la construcción identitaria y la de la movilización de recursos por varias razones. Además de ser fragmentarias e inspiradas por una visión utilitarista de las relaciones humanas, estas teorías tienen como objetivo principal el hecho de explicar el paso de lo individual a la dimensión colectiva en la medida en que ven a la acción colectiva como algo artificial, construido y, como continuación de la paradoja de Mancur Olson, la interpretan como una especie de milagro.⁸ Es únicamente bajo la referencia a una estructura de las “oportunidades políticas”, como la fórmula Sidney Tarrow,⁹ que se permite integrar la teoría de la movilización de los recursos en una visión dinámica y mucho más larga de las relaciones entre clases sociales, de los mecanismos de explotación, de subordinación y de dominación. Pero, aún en este último caso, la reflexión teórica queda centrada en la figura del “empresario” de la movilización colectiva (el que la fabrica y la pone en marcha), en la necesidad de tener recursos efectivos y simbólicos, en la descripción de las formas de acción (acto público, petición, marcha, etc.) y deja siempre de lado lo que nos parece fundamental, es decir, la posibilidad estructural de la acción colectiva.

Otro tipo de advertencia, de naturaleza metodológica, concierne al *corpus* por comparar. El libro *Le Grand refus* acaba de formalizar la visión defendida por Alain Touraine de lo que es un movimiento social: se apoya en una reflexión abierta desde mayo del '68 que, paso a paso, fue elaborada a través de varias investigaciones prácticas y teóricas.¹⁰ En este camino intelectual, la obra *Le Mouvement ouvrier* que insistió en el tema de la institucionalización definitiva del movimiento obrero y sindical constituye un punto decisivo, sin retorno, cuando afirmó claramente que el antagonismo capital / trabajo pertenecía al pasado de la sociedad industrial, y no al presente del cambio social. El título del libro sobre el '95, *Le Grand refus*¹¹ (El gran rechazo) designa justamente una de las etapas que marcan el paso de la sociedad industrial a la sociedad post-industrial, “programada” en el vocabulario de Alain Touraine. Así, la interpretación que da de las huelgas del otoño del '95 no rompe la homogeneidad general de su teoría, sino que al contrario, la confirma.

Esta visión coherente no existe en la sociología de Pierre Bourdieu. Con esto no pretendemos subrayar una ausencia, sino apuntar que hasta ahora el sociólogo no quiso elabo-

rar una concepción sistematizada de los movimientos sociales. Claro que esta diferencia de *corpus* - de un lado, unas diez obras que se suceden y se responden, y del otro, apenas unos textos y discursos públicos sin vocación científica¹² - podría invalidar nuestra comparación. Sin embargo, las entrevistas presentadas en 1993 en *La Misère du monde*¹³ y la voluntad, a través de esta investigación, de constituir un “intelectual colectivo” demostró una real evolución, que ya estaba presente de cierta manera en la ambición general de la sociología de la dominación. En su estudio sobre *Pierre Bourdieu et la théorie du monde social*, su discípulo Louis Pinto no vacila en cuestionar los fundamentos teóricos de las tomas de posición políticas del Profesor del Colegio de Francia¹⁴. La lectura que propone justifica que podamos proponer otra y, sobre todo, nos ayuda a confrontar nuestras críticas a las suyas.

Las manifestaciones y huelgas de noviembre y diciembre del '95 dejaron por lo menos sin respuestas tres problemas que conciernen plenamente a las sociologías de Pierre Bourdieu y de Alain Touraine. Se trata de la forma en sí misma del movimiento, de las clases o fracciones de clases sociales comprometidas en la lucha, y por fin, del contenido político tanto implícito como explícito de ésta.

¿En qué medida se puede hablar de *un* movimiento social? ¿Indica el uso del singular que se puede entender a través de una sola denominación el conjunto de las luchas sociales en un momento dado? ¿Es admisible, desde un punto de vista de un análisis concreto, unificar las distintas manifestaciones de la conflictividad que marcan una coyuntura? ¿Se puede considerar como un objeto a la vez único y múltiple la lucha de los trabajadores en situación ilegal (los “Sin papeles”) desde el verano del '96 para obtener el derecho a una residencia legal, la lucha de los desocupados durante los inviernos del '97 y del '98 que pedían trabajo, la movilización del cuerpo docente, de los alumnos y de sus familias en la primavera del '98 en el departamento de la Seine-Saint-Denis en favor de una igualdad real respecto a las condiciones de estudio con el resto de Francia y la huelga general de los trabajadores de Renault Vilvorde después de la noticia del cierre de la fábrica?

Frente a este primer problema, la respuesta formalizada por la sociología de Alain Touraine es muy clara, puesto que concierne a una de sus temáticas principales. Se supone que la unicidad del espacio político y social existe en cada una de las sucesivas fases históricas y resulta de manera sistemática de la oposición central entre dos actores que luchan con la finalidad de obtener el control social del sistema de conocimiento y de imponer un cierto tipo de consumo del producto del trabajo. Alain Touraine propone un esquema del desarrollo histórico en el cual privilegia las nociones de dualidad y de identidad: en cada momento, uno de los dos protagonistas del conflicto central se vuelve el único capaz de asumir el nuevo rumbo de la acción histórica.

En relación con las hipótesis del sociólogo estadounidense Daniel Bell, la perspectiva avanzada por Alain Touraine tiene algo de profético: el declive del conflicto central de la sociedad industrial descalifica al movimiento obrero de manera irremediable y da por segura la posibilidad de su institucionalización y de su integración en el aparato del Estado. Corresponde al sociólogo la tarea de descubrir los nuevos actores del conflicto estructural de la sociedad aún en gestación y, sobre todo, de distinguir el momento del “gran rechazo” que es solamente un momento de transición en el proceso de desestructuración y de reconstrucción, de la expresión de un conflicto pasado y del verdadero movimiento social.

Esta lectura introduce un sesgo normativo. En efecto, importa más el hecho de descalificar ciertas formas de contestación social como formas arcaicas (la lucha del '95 en el sector público, por ejemplo), o de subrayar la novedad de otras (la movilización de los desocupados) que de pensar la unidad concreta que existe en el movimiento social. “Para que se forme un movimiento”, escribe Alain Touraine, “no basta que se oponga a una dominación; debe reivindicar en nombre de un atributo positivo”.¹⁵ Retoma así la triple calificación que ya había enunciado para todo movimiento social: los principios de identidad, de oposición y de totalidad.¹⁶

La cuestión de los protagonistas del conflicto y de su contenido político también se ve determinada por esta búsqueda de lo inédito. Si las luchas de los “Sin” (“Sin papeles”, “Sin alojamiento”, “sin trabajo” ... al ejemplo de los “Sin tierra”) conforman, en la concepción defendida por Alain Touraine, los “nuevos movimientos sociales”, la presencia de militantes políticos en su seno les hace correr el riesgo de una desviación. Lejos de representar una riqueza potencial, el acercamiento con las luchas laborales parece mutilar la dimensión cultural, es decir su posibilidad de contribuir a una regeneración del sujeto, de estos “nuevos movimientos sociales”. La frontera entre luchas sociales y luchas laborales es vista tan necesaria como insuperable.

¿Permite el constructivismo estructural de Pierre Bourdieu entender, por su parte, las articulaciones y las imbricaciones entre los conflictos del trabajo y los conflictos más transversales? “La única totalización posible” señala Louis Pinto cuando comenta la referencia que hace Pierre Bourdieu al móvil de Calder, “pasa por el conocimiento científico de la totalidad de los puntos y no por una consciencia que revele los fines últimos”.¹⁷ La teoría de los campos contribuye a poner en claro los fenómenos de dominación que actúan en el espacio social pero la ausencia de un orden de determinación entre los diferentes campos no ayuda a explorar la interdependencia entre estos fenómenos en el marco de un proceso general de reproducción del capital.¹⁸ Pierre Bourdieu justifica una triple ruptura con la teoría marxista en su concepción de las clases sociales; preten-

de romper, en particular, con una visión “economicista” que reduciría el espacio social multidimensional al único campo económico.¹⁹ La hipótesis de una autonomía de los campos sociales proviene de la idea que en cada uno de ellos juegan mecanismos de diferenciación a la vez similares y particulares, en el reto de obtener un capital específico. Además de esta segmentación del mundo social, el uso único del concepto de dominación en perjuicio de la noción de explotación prohíbe una concepción dinámica de las determinaciones sociales. De este modo, la unicidad de las luchas sociales es vista más bien como el resultado artificial de una coyuntura política - hoy el neoliberalismo - que como el producto de las relaciones sociales estructuradas por el modo de producción.

Nos parece que la perspectiva de la homología estructural otorga más importancia a la posición ocupada por el sujeto-agente - el que se fija en las posibilidades existentes en un campo dado en función del tipo y de la cantidad de capital que posee y en función de su propia interiorización de las prácticas y de las situaciones²⁰ - que en las condiciones de la lucha colectiva. Se pueden subrayar dos límites de esta perspectiva: si “el mundo social es dicho y construido de diferentes maneras”²¹ en la medida en que las clases sociales no existen por sí mismas (“en el papel”) sino por la mediación de la construcción política, la denuncia de los principios que permiten legitimar el orden social se impone como algo previo. El hecho de deshacer los mecanismos de alienación, los cuales se entienden en la sociología de Pierre Bourdieu como el resultado de la división social, como la objetivación no objetivada por el agente de una serie de pre-disposiciones; funciona gracias al entendimiento de “las luchas por clasificar” individuos y objetos. ¿Pero después qué? ¿Se puede considerar la alienación únicamente como el producto de una lucha de dominación simbólica? “Las relaciones de fuerzas se reproducen en parte en las visiones del mundo social que fortalecen, a su vez, la permanencia de esas relaciones. Por lo tanto los principios que estructuran las visiones del mundo se enraizan en las estructuras objetivas del mundo social así como las relaciones de fuerza están también presentes en las consciencias bajo la forma de categorías de percepción de estas relaciones”²². Como esta perspectiva percibe como único objetivo de la lucha política la voluntad de cambiar las categorías de percepción del mundo, el análisis solo puede dar cuenta de un aspecto fragmentario del problema y, en el peor de los casos, se confunde con una visión tautológica. Respecto a una perspectiva marxista, esta posición nos limita al campo de las formas tal como son creadas por la imposición de la forma mercancía y es notable su renuncia a remitir a la génesis de las relaciones sociales, es decir a entender como la ideología viene de y participa en las contradicciones del modo de producción capitalista.

Con la homología de las posiciones y la invariabilidad de la relación de dominación en un campo, se puede pro-

yectar unas alianzas temporales entre grupos pero sobre la base de “un malentendido más o menos consciente”.²³ En este sentido, se puede hablar sobre las luchas sociales después del otoño del '95 como luchas giratorias, “en la búsqueda de una unidad teórica y sobre todo práctica”.²⁴ Pero Pierre Bourdieu no oculta que esta unidad viene más bien de una causa externa, la ofensiva neoliberal, y no de condiciones estructurales únicas. Como las clases sociales aparecen solamente cuando se da una “representación y una voluntad de acción”, se entiende porqué para el sociólogo francés y sus discípulos, reunidos en la asociación “Raisons d’agir”, el riesgo consiste sobre todo en la posibilidad de una recuperación política, pues el portavoz de un grupo dice y muestra lo que es el grupo, que no existe sino a través de esta voz. La mediación política es entonces siempre sinónimo de una desviación en una lucha simbólica que acaba por existir por sí misma.

“No digan que el movimiento social excluye el movimiento político. No existe movimiento político que no sea social al mismo tiempo” decía Carlos Marx en las últimas líneas de *Miseria de la filosofía*. La limitación de todo conflicto a su única dimensión simbólica oculta una gran parte de la realidad y permite, solamente por un razonamiento lógico, superar la aparente fragmentación de las luchas sociales.

■ 2. Definir para abstraer, abstraer para entender el concepto

La consciencia ordinaria no percibe siempre la realidad de los hechos. El fenómeno puede no ser más que una apariencia: el bastón puesto en el agua aparece roto, para un observador del sentido común, el sol da vueltas alrededor de la tierra, se levanta y se acuesta. La ciencia va más allá de lo que la percepción propone, al comprender las ilusiones que puede contener. La física establece las leyes de la refracción, la astronomía opera la revolución copernicana con el heliocentrismo.

Los “hechos humanos”, individuales o colectivos, según el precepto de Durkheim tienen que ser analizados “como cosas”. Esta regla, que se puede entender de forma bastante diversa, incita a pensar, en prolongación con lo que se acaba de decir, que la evidencia social tiene trampas análogas, o por lo menos comparables, a las del mundo físico. La hegemonía del poder se confunde con un orden natural que propicia a algunos la autoridad *de jure*. Estas evidencias han evolucionado con el tiempo. Los Españoles perdieron su imperio por considerar que la riqueza se asimilaba al oro. Al principio del siglo XX, el desempleo era considerado como inevitable y sin paliativo, y según el *Grand Larousse*, en su edición de 1899, “el único remedio a este problema que se puede avanzar es la previsión”.

Para romper con las pre-nociones, un primer trabajo consiste en definir. Se trata de delimitar el objeto que se pretende analizar a través de la indicación de lo que lo es específico, y así decir lo que no es. “Omnis determinatio est negatio” afirmaba Spinoza²⁵: lo impreciso de lo que pensamos conocer bien, las confusiones y las selecciones arbitrarias son reemplazadas por una noción coherente, clara y distintiva. Estamos frente a un trabajo de abstracción.

La palabra y la cosa. Es útil recapitular rápidamente la historia del término, para tomar consciencia de su carácter polisémico y de los diversos sentidos que lo atraviesan.

Inicialmente, en griego antiguo existe la palabra *ap-hairesis*. Compuesta del prefijo *ápó* que marca la distancia y de *airéō* que significa tomar (y que dió herejía). En el *Critias* de Platón, está presente el sentido de reducción. Con Aristóteles, en sus *Analíticos posteriores*, se designa la abstracción.²⁶

El término, y su sentido, evolucionaron hasta tomar dos sentidos en la época contemporánea, en la cual se entiende por operación intelectual y resultado de ésta, con los sentidos negativos de “lo que elimina”, “lo que no toma en cuenta”. Pero este sentido no muestra toda la diversidad de los sentidos que los filósofos le han dado. El realismo especulativo de Aristóteles, se basa en la capacidad de la inteligencia para entender la esencia de las cosas, con una graduación del conocimiento que va de la sensación a lo teórico. Kant opera una revolución copernicana al poner en el centro de la problemática el ser-sujeto cuyas formas de la sensibilidad y las categorías del entendimiento estructuran el fenómeno. Hegel trata de ir más allá de la oposición entre fenómeno y noumeno gracias a una lógica en tres momentos, el momento abstracto del entendimiento, el momento dialéctico o negativamente racional, y el momento especulativo o positivamente racional. En este pensamiento en movimiento, hay varios niveles de abstracción, positivos y negativos. El más abstracto es el más concreto. En el curso de su historia, la consciencia se objetiva (exteriorización, *Veräusserung*) y a veces se pierde (alienación, *Entfremdung*).

Se puede descartar el idealismo hegeliano y el empirismo al preferir una perspectiva genético-estructuralista, en continuidad y en ruptura con Hegel, tal y como está expuesta en la *Introducción general a la crítica de la economía política*, en la cual el establecimiento de determinaciones abstractas definidas con precisión y puestas en relación conlleva a la reproducción de la situación concreta por la vía del pensamiento. Los mecanismos de la explotación son ocultados en el capitalismo y esta invisibilidad conduce a ilusiones. La abstracción está utilizada en sentidos progresivos y diferentes: proceso general del pensamiento, conceptos más sencillos, realidades fetichizadas, posibilidades teóricas, abstracciones reales (el tiempo de trabajo socialmente necesario), totalidad concreta.

Para construir el objeto “movimiento social”, una doble perspectiva es necesaria, diacrónica y sincrónica. El primer eje se centra en el proceso. Por su carácter factual, contingente, lo que significa sin causa, el movimiento social no está programado. Su acontecer no sigue un camino uniforme, lineal o circular, sino que se expresa a través de una espira²⁷ de forma irregular. Un primer trabajo consiste en establecer una periodización para señalar las etapas principales. Cada una de ellas tiene una extensión propia y una estructuración particular. Es posible entenderlas según el esquema que emplea Aristóteles para analizar la acción en una tragedia, principio, medio y final. La dificultad reside en la designación de las rupturas pertinentes y de los momentos ejes.

En el caso de la historia social reciente de Francia, se podrían distinguir siete espiras y ocho picos de huelgas. Entre 1945 y '49 se desarrollan los conflictos de la inmediata posguerra, las luchas de la esperanza, la penuria y la decepción, con dos picos en 1947 y '49. Entre 1950 y '58, los conflictos salariales se inscriben en un contexto de trabajo desdeñado, con un auge particular en 1953. Las huelgas del crecimiento económico se desarrollan de 1959 a '65, donde la movilización de los mineros constituye el punto fuerte. Del '66 al '73 se dan a lugar las huelgas del crecimiento perturbado, con el acontecimiento histórico del '68. Entre el '75 y el '85, el nivel de conflictividad baja, después del '76, en el momento de la crisis perturbadora, a la que prolonga el período del rigor difícilmente repartido (1986-94). El sector público muestra un nivel de conflictividad más fuerte que el privado y participa en el pico del '89. El año 1995 constituye un momento importante y probablemente una ruptura. Desde esa fecha, estamos en el período del rechazo del liberalismo desenfundado. La victoria electoral de la izquierda en el '97 es en parte un resultado de las luchas sociales del '95. Pero paradójicamente, la acción del gobierno socialista ha contribuido a frenar el movimiento social que permitió su regreso al poder. La periodización muestra las continuidades y las rupturas, las singularidades de una fase y su ritmo específico.

Tres tendencias importantes pueden observarse en las luchas sociales del último período. Primero, una gran variación coyuntural de los temas de reivindicación. En el '94-'95, las movilizaciones se centran en la cuestión salarial, pues los trabajadores del sector privado reivindican un aumento generalizado de 1500 F. El movimiento de noviembre-diciembre de 1995 se da sobre el plan de reforma del seguro social propuesto por el Primer Ministro Juppé, y sobre los regímenes específicos de jubilaciones. Los transportistas en huelga en el '96 y '97 reclaman mejores condiciones de trabajo y una alza de salarios, temas que los trabajadores de las empresas públicas de transportes urbanos completan con la creación de empleos y la jubilación a los 55 años. En el '98 y '99 los docentes reclaman más puestos y recursos suplementarios para mejorar la escuela pública. Los traba-

jadores del transporte público en París hacen huelgas frecuentes sobre el tema de la seguridad. No se puede entender este período únicamente como irregular. Las encuestas muestran que los principales temas de preocupación siguen siendo el empleo, el salario y la protección social. El descontento social está limitado por el nivel de desocupados y la división sindical, y se puede hablar de una conflictividad contenida. La ausencia de una estrategia unificadora, como lo muestran las negociaciones y los conflictos localizados sobre la aplicación de las 35 horas semanales, proyecta a cada uno sobre su situación personal y lo lleva a utilizar los conflictos del momento para la satisfacción de sus necesidades personales, en un proceso de desvalorización de los movimientos de masa y de la reivindicación profesional corporativa. En un período en el cual se busca institucionalizar cada vez más el recurso de la huelga, y en el cual la observación de las relaciones sociales se ha profundizado, en particular por el recurso a las encuestas de opinión, se nota una imprevisibilidad mayor por la utilización de las oportunidades o por las transversalidades inéditas entre estudiantes y trabajadores, desocupados, empleados permanentes o precarios.

La segunda característica de la conflictividad actual está en la extensión de las formas de acción. Cesar el trabajo cuesta, y no es eficaz si no es colectivo. Esto favorece otras formas de lucha, micro-huelgas, trabajadores que se encadenan a las puertras de las fábricas, ocupaciones de edificios públicos, secuestros de dirigentes, manifestaciones con nuevas formas, huelgas de hambre. La preocupación por atraer la atención de los medios de comunicación es constante.

El último elemento es la diversificación de los niveles de acción. Entre lo local y lo nacional, los niveles regionales y europeos se han desarrollado, sin prescindir de las dinámicas mundiales. Pero una distancia permanece entre el registro de acción de un capitalismo globalizado y la referencia al territorio que sigue siendo la norma en el mundo sindical.

Una tal enumeración de conflictos puede dar el sentimiento de una fragmentación que corresponda únicamente a la realidad social. La decisión de clasificarlos puede tener por único motivo la voluntad de descripción, pero también puede ayudar a revelar las tendencias y servir a lecturas comprensivas. Afirmar que existen vínculos estructurales entre los conflictos laborales y las luchas más transversales no lleva a negar que las organizaciones sindicales encuentran dificultades para dar un sentido colectivo a un movimiento cuya cualificación no es evidente. La unidad a geometría variable se substituyó por la guerra de posiciones: el camino que conduce al restablecimiento de una fuerza colectiva parece aún largo.

Notas

* Cientista Político. Integrante del CEVIPOF (Centre d'Etudes de la Vie Politique Française). Director del Ressay (Recherche Sociétés et Syndicalisme) y de la Revista francesa Mauvais Temps. Autor, junto a Sophie Beroud del libro *Le Mouvement Social en France*, ed. La dispute, Francia, 1998.

** Cientista Político. Profesora en el Instituto de Estudios Políticos de París. Miembro del CEVIPOF y de la Revista francesa Mauvais Temps.

1. BEROUD (Sophie), MOURIAUX (René), *Le Souffle de décembre, le mouvement de décembre 1995, continuités, singularités, portée*, Paris, Syllepse, 1997 ; BEROUD (Sophie), MOURIAUX (René), VAKALOULIS (Michel), *Le Mouvement social en France, essai de sociologie politique*, Paris, La Dispute, 1998 ; BEROUD (Sophie), MOURIAUX (René), "Le Décembre des chômeurs ou la force des faibles" in MOURIAUX (René), dir, *L'Année sociale*, Paris, Editions de l'Atelier, 1999.

2. El movimiento de huelgas del otoño del '95 se desarrolló, entre otras cosas, en reacción al plan del gobierno de derecha de Alain Juppé de reformar el sistema público de seguridad social, y de introducir una privatización parcial de este sistema. Este plan será apoyado rápidamente por Nicole Notat, dirigente de la CFDT, que critica las reacciones sindicales como arcaicas. El 30 de noviembre, la revista *Esprit* publica una petición de apoyo a la posición asumida por Nicole Notat y el gobierno. Alain Touraine aparece como la figura central de esta petición. En reacción el 15 de diciembre, un grupo de intelectuales publica en el diario *Le Monde* un manifiesto de apoyo a los huelguistas, grupo constituido alrededor de Pierre Bourdieu. Sobre la constitución de estas peticiones ver *Le décembre des intellectuels français*, Paris, Raisons d'agir, 1998.

3. "Saisir la logique qui est propre à l'objet en ce que cet objet est propre", MARX (Karl), *Critique du droit politique hégelien*, Paris, Editions sociales, 1975, p. 49.

4. SEVE (Luvien), "La 'mauvaise' abstraction", *Une introduction à la philosophie marxiste*, Paris, Editions Sociales, 1980, p. 72.

5. VERRET (Michel), "Pour une définition distinctive de la classe ouvrière", *Chevilles ouvrières*, Paris, Editions de l'Atelier, 1995, p. 41.

6. FILLIEULE (Olivier), PECHU (Cécile), *Lutter ensemble. Les théories de l'action collective*, Paris, L'Harmattan, 1993 ; LAFARGUE (Jérôme), *La Protestation collective*, Paris, Nathan, 1998 ; NEVEU (Eric), *Sociologie des mouvements sociaux*, Paris, La Découverte, 1996.

7. CHAZEL (François), "Mouvements sociaux" in BOUDON (Raymond), *Traité de sociologie*, Paris, PUF, 1992, pp. 263-312.

8. En un estudio dedicado a la movilización de los extranjeros en situación irregular – los dichos "Sin papeles" – Johanna Siméant no comparte en nada nuestro punto de vista. Le parece pertinente, al contrario, utilizar un modelo "empresarial" de la movilización colectiva para entender la lucha de los "Sin papeles", aunque reconoce que se trata de una visión individualista, utilitarista y "muy poco preocupada por una concepción socializada de las relaciones humanas". Escribe que se debe reconocer que la teoría de movilización de los recursos ha favorecido un nuevo descubrimiento del "milagro" de lo colectivo (en contra de la corriente organicista de la sociología del comportamiento colectivo a la cual sucede) in SIMEANT (Johanna), *La Cause des sans-papiers*, Paris, Presses de Sciences-Po, 1998, p. 53.

9. TARROW (Sidney), *Power in movement, social movements, collective action, and politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

10. TOURAINE (Alain), *Le mouvement de mai ou le communisme utopique*, Paris, Seuil, 1968 ; *Production de la société*, Paris, Seuil, 1973 ; *La voix et le regard. Sociologie des mouvements sociaux*, Paris, Seuil, 1978 ; *Le Retour de l'acteur*, Paris, Fayard, 1985 ; con DUBET (François), WIEVORKA (Michel), *Le Mouvement ouvrier*, Paris, Fayard, 1984.

11. TOURAINE (Alain), dir, *Le Grand refus. Réflexions sur les grèves de décembre 1995*, Paris, Fayard, 1996.

12. BOURDIEU (Pierre), *Contre-feux, propos pour servir à la résistance contre l'invasion néo-libérale*, Paris, Liber-Raisons d'agir, 1998, 125p.

13. BOURDIEU (Pierre), dir, *La Misère du monde*, Paris, Seuil, 1993.

14. PINTO (Louis), *Pierre Bourdieu et la théorie du monde social*, Paris, Albin Michel, 1998, 263p.

15. TOURAINE (Alain), *Comment sortir du libéralisme ?*, Paris, Fayard, 1999, p. 72.

16. TOURAINE (Alain), *La Voix et le regard. Sociologie des mouvements sociaux*, op. cit. .

17. PINTO (Louis), op. cit, p. 188.

18. ANDREANI (Tony), "Bourdieu au-delà et en deça de Marx", *Actual Marx*, n° 20, Paris, PUF, 1996, p. 51.

19. BOURDIEU (Pierre), "Espace social et genèse de classe", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 52-53, 1984, p. 3.

20. BOURDIEU (Pierre), "Espace social et pouvoir symbolique", *Choses Dites*, Paris, Editions de Minuit, 1987, p. 152.

21. BOURDIEU (Pierre), "Espace social et genèse de classe", op. cit, p. 4.

22. *Ibid*, p. 6.

23. *Ibid*, p. 10.

24. BOURDIEU (Pierre), "Les chercheurs, la science économique et le mouvement social", *Contre-feux*, op. cit., p. 10.

25. SPINOZA (Baruch), "Lettre à Jaring Jelles du 2 juin 1674", en *Œuvres complètes*. Paris, Gallimard, La Pléiade, 1954, p. 1230.

26. ARISTOTELES, *Organon IV. Los segundos analíticos*, I.18.81 b Edición francesa : París, Vrin, 1995, p. 95

27. Es más usual utilizar la metáfora del ciclo para avocar una secuencia política o económica. Preferimos la de espira que tiene como ventaja el mostrar que el fin de un periodo no significa el regreso al punto de partida.

